



La montaña de Sabucedo ante la mirada de Manuel Torres. Consideraciones sobre la pintura de paisaje

Javier Travieso Mougán
klemp85@hotmail.com

Resumen. El estudio pretende indagar en una obra del artista Manuel Torres, que vivió en su villa natal de Marín y que los estudiosos tienen por uno de los destacados renovadores de la plástica gallega del siglo XX. Se trata de un óleo sobre lienzo titulado “El monte de Sabucedo”. Está realizado íntegramente a la espátula y representa un paisaje esencial, desolado y montañoso de la zona sur del ayuntamiento de A Estrada. Una tela que da fe, una vez más, de la fuerte personalidad y el estilo de un pintor enamorado de Galicia.

Abstract. This study tries to analyze one of the Manuel Torres works, an artist borned in Marín and distinguished in the 20th century Galician plastic arts. His work is an oil painting on canvas, entitled El Monte de Sabucedo (Sabucedo Woodland) and done entirely with palette knife. It represents a desolate mountain place in the south of A Estrada and shows the strong personality and the style of a painter in love with Galicia.

Recuerdo que emprendí el estudio de “O monte de Sabucedo” de Manuel Torres Martínez, con la intención de titularlo con alguna frase prestada del lenguaje de la música, pues tal conjunción de ocres, grises y tierras así me lo inspiraba.

Es “O monte de Sabucedo” un agreste paraje captado del natural en Tierra de Montes, por la zona sur del municipio de A Estrada limitando con el de Forcarei. Estamos en el año 1972, tiempo en el que el pintor solía recorrer las tierras de Galicia acompañado de su chófer de confianza. El cuadro se puede ver expuesto actualmente en la sala monográfica que el Museo de Pontevedra dedica, con muy buen criterio, al recordado artista de Marín.

Era bien conocida la inclinación de Torres por el cultivo de la buena música. Practicaba el piano a diario, entre sesión y sesión, a modo de descanso. Lo sabían bien aquellos transeúntes que acercaban el oído sigilosamente a la ventana de su estudio de Banda do Río, en la subida que conduce al arenal de Portocelo. Sentía Manuel Torres los aires y las melodías del repertorio más selecto para tecla-

do a la manera de los grandes románticos, algo que se trasluce en el resultado final de muchas de sus telas, acuarelas y dibujos si nos disponemos a contemplarlas con sosiego.

Percibimos el “Sabucedo” como una obra singular dentro de la producción de un “renovador” convencido de nuestro arte como era él, uno de los escasos pintores que adaptaron las corrientes avanzadas de la Europa de entreguerras a una temática y un tratamiento genuinamente galaico. Solo Dios sabe que misterio escondía el alma sensible de un puñado de artistas de su misma generación que hicieron posible que surgiera en Galicia –y de una vez por todas– una pintura de gran calidad y de rasgos inconfundibles. No dudamos de un sentimiento lírico muy intenso unido a una llamada irrenunciable por indagar en los nuevos aires que llegaban de París.

Este lienzo de Torres recoge, como gran parte de su producción, el amor entrañable que le tenía a su tierra, si bien, al ya comentado acento personal, debemos añadir ciertos rasgos distintivos de las maneras de Paul Cezánne en cuanto al tratamiento de la materia se refiere.

Una gruesa imprimación a toque de pincel da entrada al fluir de la espátula, que va acaricia la tela sin prejuicios de modas o de estilos. Aplica Torres el pigmento con un arrojo similar a un amplio brochazo de acuarelista. El detalle se insinúa levemente bajo una extensa capa de color que llega a diluir los objetos como en un impresionismo “existencial” de nuevo cuño. Solo le preocupa a Torres poder hurgar, libre de impedimentos, en la sustancia del tema. Ni la menor complicidad con la anécdota se deja ver y tampoco la echamos en falta, pues nada más alejado de alusiones puntuales a “curros”, ferias y festejos de aluvión, que estos parajes desolados de “Sabucedo”. Estamos ante una pintura fundamentalmente “intimista” a pesar de estar captada al aire libre, en la que el autor apuesta por una visión audaz, hasta diríamos que temeraria, alejada de cualquier estereotipo.

La superposición y el contraste de manchas de color provoca, en el conjunto de la obra, cierto desequilibrio llamativo hacia el ángulo inferior izquierdo, a causa de esos verdes macilentos de primer plano y al montículo marrón situado más arriba. La intuición plástica de Torres le lleva a colocar un amplio manchón negruzco en la parte superior derecha, simulando una nube de tormenta, junto a



Manuel Torres: *O monte de Sabucedo*. 73x100 cm. Museo de Pontevedra. Reproducido con autorización.

múltiples toques luminosos del mismo lado. Un gran espatulazo en verde primavera, oportunamente colocado hacia lo alto, compensa felizmente el equilibrio que resuelve la composición.

Esta obra fue pintada en un momento muy significativo de nuestra historia reciente. Las autoridades tenían ya entre manos un serio proyecto de modificación de nuestro paisaje tradicional. Nacían las autopistas, las industrias de todo tipo y los nuevos retos empresariales. La llegada definitiva del progreso a Galicia daba ya sus primeros síntomas. A los hombres con espíritu de artista se les distingue, en muchas ocasiones, porque se animan a tratar ciertos temas solo cuando su realidad está a punto de desaparecer. En Torres, la sugestión de nuestra campiña y de nuestros montes encierra algo de ascética vivencia y algo, también, de “representación” a perpetuar. Así había ocurrido en otros tiempos con los bisontes del arte rupestre o con los rincones del “midí” francés immortalizados por los impresio-

nistas. Se busca eternizar aquello que se ama y que se adivina en peligro, colgando su imagen en un lugar confortable del domicilio para tenerla frente la mirada en cualquier instante. Algo hay, ciertamente, en este “Monte de Sabucedo” de silenciosa despedida a una visión de la naturaleza entendida como estado del alma.

Decía Picasso que el valor de una obra de arte se mide por la cantidad de pasado que encierra. Tenemos en Torres a un conocedor profundo de la Galicia de nuestros ancestros, capaz de enlazar el ideal poético de su propio sentir con el más reiterado costumbrismo tradicional. Reflexionaba a conciencia sobre los principales eslabones de la historia de la pintura. Percibimos, en esos amarillos en transición hacia el ocre, la profunda raíz hispana de su visión de la realidad, en especial del espíritu humanista de nuestro Siglo de Oro, y que le identifica –aunque pudiera sorprender a algunos– con la obra de Diego Velázquez.

Una renuncia dolorida, hermanada a un sentido “estoico” de la existencia, se desprende de todo el conjunto, acentuado por una indefinible sobriedad cromática, una radical austeridad de medios y una bien meditada apariencia de facilidad. La evolución creativa de Torres, al igual que la del pintor de la Corte de los Austrias, se habría desarrollado a partir de una figuración intensamente trabajada en sus años de juventud, de contornos nítidos, perfiles remarcados y moldeados a conciencia que afianzan los volúmenes y la forma. Ambos caminan lentamente hacia la luminosidad distintiva de las últimas etapas, trabajadas en grises mortecinos, con los matices propios de una desangelada tarde de invierno.

Tras el misterio que esconde esta tela intuimos, sin embargo, un mal disimulado desencanto. En los ambientes de los años setenta ya se percibía un ensañamiento bien tramado contra el sentir saudoso de la Galicia de Rosalía y de los hombres de “Nos”, pasión por el terruño con el que los jóvenes de entonces ya no se identificaban pese a las apariencias del entramado político. “O monte de Sabucedo” trasluce mucho de todo ello. Es la aflicción del enamorado de una Galicia que desaparece. Es, también, el abatimiento de un hombre que llevaba a su país en las entrañas y que huía receloso del acostumbrado refugio en lo “decadente” aún a costa de cargar con enormes dosis de soledad.

Cualquier obra de arte que se precie inspira siempre una perspicaz explicación “a la negativa”, poco alejada, por cierto, de la aconsejable vía de acceso a la espiritualidad de los grandes contemplativos. Velázquez también nos ofrece, apenas disimulado entre las molduras de sus grandes lienzos, el testimonio resignado de todo un mundo que se va.

Pero viniendo más hacia acá en el tiempo, no hay duda de que la sombra alargada de la Escuela de Vallecas deja también profunda huella en Torres, pues no deja de ser un artista fuertemente enraizado en la estela luminosa de la Generación del 27. Creemos, por otra parte, que el marinense les supera a muchos de ellos en destreza formal y en hondura. Los artistas que recorrían las afueras de Madrid a principios de los años cuarenta, no dejaban de elaborar con la excepción –que duda cabe– de su paladín Benjamín Palencia– una obra trivial y un tanto meliflua. Algunos, incluso, poco menos que escenográfica o meramente decorativa si la comparamos con la sana identidad del marinense, como bien pone de manifiesto nuestro “acorde musical” de “Sabucedo”.

En cierta ocasión aclaraba el insigne Benjamín Palencia el motivo de la llamativa deshumanización que desprendían sus paisajes realizados a partir de la guerra. Decía el maestro de Barrax:

Yo pasé la Guerra Civil en Madrid, y he visto cosas tan espantosas que durante algún tiempo me sentí incapaz de trasladar la figura humana a mis cuadros.

La actitud de Torres –en su vida y en su obra– tiene algo del dolorido exilio interior que padeció en sus propias carnes, pues renunció a emprender el camino del destierro por no abandonar su Galicia natal.

Esta visión de la montaña de Sabucedo es todo un icono de callada resignación. La austeridad que desprende dirige nuestra curiosidad hacia la obra de ciertos literatos y poetas gallegos imbuidos de la irrepresible llamada del desierto. Pero no es el “yermo” de Noriega Varela, precisamente, con quien asociamos este paisaje. Podríamos pensar más bien –y siempre desde lejos– en la poética callada y delicadísima de José Ángel Valente con sus amarillos de amplios horizontes, de pájaros silenciosos y de enredaderas; empeñado en perpetuar la gran lección de los místicos renanos, que, a finales del medie-

vo, irradiaron por Europa ese canto definitivo a la soledad del que deriva gran parte del arte contemporáneo. Ya lo decía Pablo Picasso: “Solo de una gran soledad puede surgir una obra duradera”. Manuel Torres, con su alma de artista y de enamorado de las esencias de Galicia, nos lo dejó bien asentado en composiciones poco habituales en él, como este “Monte de Sabucedo” que con tanto mimo cuidan y protegen los máximos responsables del Museo de Pontevedra.